

**Apogeo y eclipse de la militancia comunista
en el movimiento obrero argentino de entreguerras.
Un examen historiográfico y algunas líneas de interpretación.**

Publicado en: Olga Ulianova (ed.), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile/Ariadna Ediciones, 2009, págs. 145-173.

Resumen:

En este artículo se estudia la experiencia de ascenso y declive de la militancia del Partido Comunista (PC) argentino en el movimiento obrero durante el período de entreguerras. En primer lugar, se realiza un detenido balance historiográfico en torno al tema. A continuación, se examina cuándo, cómo y por qué el PC logró penetrar y echar raíces de manera orgánica en la clase obrera hasta 1943-1945, explorándose, en particular, las condiciones y circunstancias que hicieron posible tanto el proceso de inserción comunista entre los trabajadores como el posterior fenómeno de pérdida de esta influencia, ocurrido con el advenimiento del peronismo al poder. Asimismo, se analiza el legado y el aporte específico de los militantes del partido para el surgimiento de un sindicalismo industrial, de masas y moderno, que luego fue extendido y potenciado por el peronismo.

Palabras claves:

Comunismo
Movimiento obrero
Militancia
Argentina de entreguerras

This article studies the arise and decline of the Argentina`s Communist Party activism inside the labor movement between the First and the Second World War. In the first place, the author presents a balance of the historical discussions about this matter. Then, he explains how and why the PCA has created roots in the labor movement up to 1945, paying special attention to the conditions and circumstances that made possible their influence until the peronism appears. That happened in a context of the growth of large and extensive industrial unions, a massive and modern movement that has been those years by peronism.

Key words:

Communism

Labour movement
Activism
Argentina

**Apogeo y eclipse de la militancia comunista
en el movimiento obrero argentino de entreguerras.
Un examen historiográfico y algunas líneas de interpretación.**

Hernán Camarero*

La primera imagen que surge, cuando uno alude al movimiento obrero en la Argentina, es la del peronismo. Como si esta corriente política hubiese significado la única y exclusiva representación sindical y política de la clase trabajadora. En verdad, durante más del largo medio siglo que antecedió al año 1943, fueron otras las culturas e ideologías dominantes dentro del mundo proletario del país, las más importantes de las cuales fueron el socialismo, el anarquismo, el sindicalismo revolucionario y el comunismo. La trascendencia de esta última expresión política en el universo obrero se verificó entre la década de 1920 y el definitivo triunfo de la alternativa surgida en torno a la figura del coronel Juan D. Perón entre 1943 y 1945. Durante ese lapso de unos veinte años se verificó un proceso objetivo: el progresivo crecimiento de la militancia del Partido Comunista en los talleres y fábricas, en los sindicatos y confederaciones gremiales (en especial, las del sector industrial) y en un heterogéneo campo de entidades socio-culturales (bibliotecas, escuelas, clubes deportivos, agrupaciones femeninas, infantiles y juveniles, agrupaciones de extranjeros). Buena parte de la conflictividad obrera (desde las huelgas por rama a las generales), de las características del sindicalismo industrial y de los rasgos de la cultura proletaria en la Argentina de estos años, no puede comprenderse cabalmente sin analizar el lugar y el papel desempeñado por los afiliados y cuadros dirigentes del Partido Comunista (en adelante, PC).

* Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador Independiente del CONICET. Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

Desde hace unos años venimos desplegando una investigación acerca de este tema.¹ Entre otras cuestiones, allí analizamos las características que asumió la militancia comunista en cuatro ámbitos específicos del movimiento obrero: el sitio de trabajo, el espacio de la lucha y la organización sindical, la sociabilidad cultural y el asociacionismo inmigrante. En particular, observamos el modo en que se entrecruzaron estas cuatro dimensiones en las prácticas cotidianas de los afiliados del PC, al mismo tiempo que exploramos la modalidad específica de dicha intervención, en un análisis comparativo a las efectuadas por las otras corrientes actuantes en el mundo del trabajo.

En este artículo presentamos algunas conclusiones generales sobre este estudio, en una suerte de ejercicio de síntesis de nuestras investigaciones, en las que utilizamos un conjunto muy vasto de fuentes hasta el momento inexploradas o desconocidas (muchas de ellas, provenientes de los archivos de la ex URSS, recientemente abiertos). Estas reflexiones se articulan a partir de una serie de preguntas claves: ¿Cuándo, cómo y por qué el PC logró penetrar y echar raíces de manera orgánica en la clase obrera argentina hasta 1943? ¿Merced a qué condiciones y circunstancias fue posible tanto este proceso de inserción comunista entre los trabajadores como el posterior fenómeno de declive de esta presencia hacia mediados de los años cuarenta? ¿Cuál fue el legado y el aporte específico de los comunistas a la historia del movimiento obrero argentino de aquella etapa histórica? Pero antes de desarrollar este análisis, y para precisar la originalidad de nuestras afirmaciones y las posiciones con las que confronta, presentamos un balance historiográfico en torno al tema.

I

El estudio de la experiencia del Partido Comunista en el movimiento obrero en la Argentina en sus primeras tres décadas de desarrollo ha sido abordado de manera tangencial. No existe ninguna obra historiográfica que se ocupe del mismo de manera específica y detallada. De ese modo, sólo es posible evaluar un conjunto de textos que realizaron aportes indirectos y parciales en la materia.² La mayoría de ellos sólo aluden a uno sólo de los actores de la relación,

¹ Un avance de la misma en: Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2007.

² Esto puede comprobarse a partir de las distintas reflexiones historiográficas realizadas en torno al tema del comunismo argentino, que constituyen un antecedente de este estado de la cuestión: Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus, “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión”, *El Rodaballo*, año IV, N° 8, Buenos Aires, 1998, pp. 30-39; Daniel Campione, “Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia”, *Periferias*, año I, N° 1, Buenos Aires, 1996, pp. 103-115; Hernán Camarero: “El Partido Comunista argentino en el mundo del trabajo, 1925-1943. Reflexiones historiográficas e hipótesis exploratorias”,

es decir, estamos ante una serie de ensayos, estudios monográficos y tesis, o bien referidos a la historia del PC (que en ningún caso permiten una visión global y sistemática), o bien dedicados a la situación del movimiento obrero (que ha merecido un tratamiento más denso y sofisticado).

El recorrido de esta producción debe iniciarse con las obras de los llamados “historiadores militantes” del movimiento obrero, escritas a partir de las décadas de 1930 y 1940, entre las que se destacan la del anarquista Diego Abad de Santillán, la del socialista Jacinto Oddone, la del *sindicalista* Sebastián Marotta y la del dirigente comunista de los albañiles Rubens Iscaro.³ Son textos que conformaron un género propio dentro del quehacer historiográfico, en el que se tendió a delinear con rasgos de epopeya la trayectoria de un sujeto, los trabajadores urbanos organizados, a partir de un fin demasiado evidente: la reivindicación de sus respectivas orientaciones políticas. Aportaron mucha información empírica, de la cual se abastecieron estudios posteriores, pero nunca pudieron superar el plano descriptivo y descuidaron un procesamiento comprensivo de la masa de datos exhibidos. Los hechos se suceden uno tras otro sin mayor jerarquización o análisis. A pesar de que frecuentemente fueron enunciadas como historias del movimiento obrero, fueron, más bien, genealogías de la elite gremial, y reseñas cronológicas del entramado sindical y de sus diferentes estructuras de liderazgo, lo que dejó ausente en el recorrido muchas otras dimensiones acerca de aquel actor. Dentro de esta producción, el único de los trabajos que abordó en forma sistemática la presencia comunista en el ámbito laboral fue el voluminoso *Historia del movimiento sindical*, de Iscaro, en donde se magnificó y se hizo una apología del papel del PC, se justificaron posiciones con argumentos forzados y se cometieron sintomáticas omisiones acerca del accionar o las posturas de dicho partido.

La temática cobra aún mayor relevancia cuando nos internamos en el campo de lo que podemos denominar la historia oficial del PC, es decir, el que se constituye a partir de los textos referidos al pasado del partido elaborados por sus propios miembros. Su expresión más importante fue el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, redactado en 1947

Ciclos, año XI, N° 22, Buenos Aires, 2001, pp. 137-155; ídem: “La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina”, *Nuevo Topo*, año I, N° 1, Buenos Aires, 2005, pp. 77-99.

³ Diego Abad de Santillán (1933), *La FORA, ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, Proyección, 1971; Jacinto Oddone, *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949; Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Tomo II. Período 1907-1920*, Buenos Aires, Lacio, 1961; Idem, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Tomo III. Período 1920-1935*, Buenos Aires, Calomino, 1970; Rubens Iscaro, *Historia del movimiento sindical*, Buenos Aires, Fundamentos, 1973, tomo II (versión anterior: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, Anteo, 1958).

por una comisión designada a ese efecto.⁴ Si bien había existido un antecedente, el documento elaborado por los socialistas internacionalistas en 1919, en donde se intentaba explicar el proceso de ruptura del PS que derivó en la constitución del Partido Socialista Internacional (PSI), el *Esbozo...* fue una obra de mucha mayor envergadura y ambición, que durante muchos años operó como punto de referencia en la historia oficial comunista.⁵ En las cuatro décadas siguientes, ese texto fue continuado por varios otros que casi repitieron los mismos argumentos, y en ciertos casos aportaron sólo algunos nuevos datos.⁶ Se trata de obras redactadas por miembros del partido, que poseen un estilo propagandístico y muy escaso sentido crítico, que desalienta el carácter reflexivo en el tratamiento de los temas. En algunos casos, sus autores realizaron tergiversaciones de los hechos y de los documentos. Siguen un formato simple, de historia interna del partido, especialmente de su conducción, para legitimar las políticas adoptadas por esta última en cada período histórico. Son relatos canónicos, que buscan instituir una tradición e inscribir la historia del PC en un linaje, mientras se justifican conflictos, purgas o deserciones responsabilizando a antiguos dirigentes de las líneas incorrectas o las desviaciones. Georges Haupt señalaba, respecto de este tipo de narrativa, que se trataba de “una historia utilitaria, proyectiva, que acaba convirtiéndose en una historia manipuladora”.⁷

Un aporte quizás más valioso está representado por las biografías, autobiografías y memorias escritas por los cuadros obreros del PC o sobre ellos. Como ocurrió con muchos partidos comunistas del mundo, estos textos fueron un aporte más en la construcción de la tradición y la identidad de la organización.⁸ A pesar de mantenerse en una tónica autoproclamatoria, ofrecen descripciones sobre la manera en que se procesó la experiencia comunista entre los trabajadores y

⁴ Partido Comunista (Comisión del Comité Central), *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Buenos Aires, Anteo, 1947. La responsabilidad de la redacción habría estado en manos de los dirigentes partidarios Victorio Codovilla (que habría ejercido el papel coordinador), los hermanos Orestes y Rodolfo Ghioldi, y Héctor P. Agosti.

⁵ Partido Socialista Internacional, *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, La Internacional, 1919.

⁶ Entre otros y por orden de aparición: Benito Marianetti, *Argentina. Realidad y perspectivas*, Buenos Aires, Platina, 1964, pp. 404-431; Leonardo Paso, *Historia de los partidos políticos en la Argentina (1900-1930)*, Buenos Aires, Directa, 1983, pp. 529-550; Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*. Buenos Aires, CEAL, 1983; Athos Fava, *Qué es el Partido Comunista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983; ídem, “Historia del Partido Comunista”, *Todo es Historia*, año XXI, N° 250, Buenos Aires, 1988, pp. 6-35; Rina Bertaccini, P. González Alberdi, J. Laborde, M. Litter y E. Moreno, *El nacimiento del PC. Ensayo sobre la fundación y los primeros pasos del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1988.

⁷ Georges Haupt, *El historiador y el movimiento social*, Madrid, Siglo XXI, 1986, p. 17. Sobre el carácter de la historia oficial comunista en el mundo: Bruno Groppo y Bernard Pudal, “Une réalité multiple et controversée”, en M. Dreyfus, B. Groppo, C. Ingerflom y otros (dirs.), *Le siècle des communismes*, Paris, Les Éditions de l’Atelier/Éditions Ouvrières, 2000, pp. 19-25.

⁸ Una reflexión sobre el tema: Bernard Pudal, “Les communistes”, en Jean-Jacques Becker y Gilles Candar (dirs.): *Histoire des gauches en France* (vol. 2), Paris, La Découverte, 2005, pp. 56-57.

permiten descubrir cuál era la mirada sobre los procesos de los que fueron actores. Estas historias de vida, contadas como gestas de sufrimiento, abnegación y entrega a la causa, abordan el período en cuestión y recrean experiencias militantes en conflictos y gremios claves, como el metalúrgico, el de la carne, el de la construcción, el del calzado, el del vestido, el ferroviario, entre otros.⁹ Resulta muy difícil reconstruir el nacimiento y evolución de los primeros sindicatos únicos por rama en el país, dirigidos por los comunistas, y varios de los conflictos sociales por ellos protagonizados entre las décadas de 1920 y 1940, sin internarse en estos relatos.

Toda esta narrativa oficial y sacra, que, como hemos ya señalado, no dejó de proveer documentación y caudal informativo en torno al tema, se articuló sobre una idea central: hasta 1945 el PC constituía una fuerza política de raigambre popular, que había alcanzado una significativa influencia de masas en la clase trabajadora. La tosquedad de la mayor parte de esta literatura hagiográfica, su escasa vena crítica y las vicisitudes de ese partido (y de la izquierda toda) a partir de la irrupción del peronismo impidieron que aquella certeza arraigara en el imaginario historiográfico y colectivo durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX.

A ello también contribuyó, de modo decisivo, la difusión que adquirió, desde los años cincuenta y los sesenta, una serie de obras enmarcadas ideológicamente en el heterogéneo campo del nacional-populismo, que, si bien generalmente no tuvieron como centro el análisis histórico del comunismo, le otorgaron, como mínimo, un lugar importante en el relato.¹⁰ Las elaboraciones

⁹ *Crónicas proletarias*, Buenos Aires, Esfera, 1968, de José Peter, es el texto arquetípico de la literatura obrera autobiográfica de militantes del PC. Leandro Gutierrez y Mirta Z. Lobato, “Memorias militantes: un lugar y un pasado para los trabajadores argentinos”, *Entrepasados*, año II, N° 3, Buenos Aires, 1992, pp. 25-49, analizan este género y aquel libro en particular, pero no consideran a las otras obras que continuaron la senda abierta por Peter entre las décadas de 1970 y 1990. Entre muchos otros: Miguel Burgas, *El primer diputado comunista. Año 1924*, Buenos Aires, Anteo, Colección Testimonios, 1985; Miguel Contreras, *Memorias*, Buenos Aires, Testimonios, 1978; Jorge Correa, *Carlos Ons, un dirigente metalúrgico clasista*, Buenos Aires, Anteo, Colección Testimonios, 1975; Pedro Chiarante, *Pedro Chiarante, ejemplo de dirigente obrero clasista. Memorias*, Buenos Aires, Fundamentos, 1976; Luis de Salvo, *Luis de Salvo, ejemplar dirigente obrero. Testimonios de un militante ferroviario y del movimiento de jubilados*, Buenos Aires, Anteo, Colección Testimonios, 1984; Rufino Gómez, *La gran huelga petrolera de Comodoro Rivadavia (1931-1932) en el recuerdo del militante obrero y comunista Rufino Gómez*, Buenos Aires, Centro de Estudios, Colección Testimonios, 1973; Julio Liberman, *La unidad, organización y lucha de los trabajadores del vestido*, Buenos Aires, Centro de Estudios, 1980; Arturo M. Lozza, *Tiempo de huelgas. Los apasionantes relatos del campesino y ferroviario Florindo Moretti sobre aquellas épocas de fundaciones, luchas y serenatas*, Buenos Aires, Anteo, 1985; Jesús Manzanelli, *La vida de un dirigente obrero y comunista cordobés*, Buenos Aires, Centro de Estudios Marxista-Leninistas, 1971; Domingo Varone, *La memoria obrera. Testimonios de un militante*, Buenos Aires, Cartago, 1989.

¹⁰ Rodolfo Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, Cepe, 1973; ídem, *El peronismo: sus causas*, Buenos Aires, Cepe, 1974 (ambas obras, versiones ampliadas de *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, 1956); Juan J. Hernández Arregui (1960), *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973; Alberto Belloni, *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1960; Ángel Perelman, *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961; Jorge Abelardo Ramos, *El partido comunista en la política argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962; y Juan José Real, *Treinta años de historia argentina. Acción política y experiencia histórica*, Buenos Aires, Actualidad, 1962.

de Rodolfo Puiggrós y Jorge A. Ramos fueron, sin duda, las más importantes. Algunas fueron escritas por ex adherentes del PC que buscaban saldar cuentas con él, poniéndolo bajo estado de sospecha y vaciándolo de legitimidad para justificar las nuevas opciones políticas a las que ellos apostaban; con fines semejantes, otras fueron redactadas por integrantes de corrientes políticas enfrentadas al comunismo. Al igual que los ubicados en la historia oficial, estos textos también fueron concebidos como voceros de una posición política explícita. Si las historias oficiales buscaban mostrar el carácter siempre correcto de la línea que terminaba abriéndose paso en la dirección del partido, estas otras quisieron exponer su descolocación permanente, atribuyéndole un vicio de origen o una desviación irreversible en determinado momento de su historia. Si en los escritos anteriores la comprensión quedaba obturada por una visión apologética, en estos otros lo fue por una visión impugnadora. A partir de una pobrísima infraestructura documental, estas contrahistorias oficiales argumentaron que la presencia comunista en el movimiento obrero entre las décadas de los veinte y los cuarenta era insignificante o políticamente improductiva, debido a la impronta antinacional y extranjerizante del PC, un partido que habría comprendido y representado mejor al inmigrante y al pequeño burgués que a los trabajadores nativos provenientes de las migraciones internas que iban del campo a la ciudad.

Si ya habría existido, pues, una suerte de “tara” de origen en el comunismo argentino, luego se agregaron los errores en la aplicación de sus orientaciones estratégicas: primero, la línea ultraizquierdista de *clase contra clase*, que habría colocado a la organización en el total aislamiento, en la insignificancia social y en posiciones que servían a los verdaderos enemigos de los trabajadores; luego, la política del *frente popular*, cuando el PC (especialmente a partir de 1941) habría impuesto al movimiento obrero una táctica de tregua laboral, en función del acuerdo con la “burguesía progresista” y pro aliada. Si bien tanto Ramos como Puiggrós coinciden en impugnar el carácter extranjero y antinacional del comunismo argentino, incapaz de establecer vínculo con las clases populares, hay una diferencia: para el primero, los errores del comunismo local se debían a su rol de mera encarnación de los intereses de la burocracia soviética, lo cual hizo que las equivocadas directivas estalinistas fueran aceptadas y reproducidas sin contradicciones; para Puiggrós, en cambio, los fracasos del PC argentino provenían de su heterodoxia con respecto a las posiciones de la IC, que lo habría conducido a incomprender las orientaciones cominternistas. Lo cierto es que esta “traición a los trabajadores” habría provocado el repudio de éstos al comunismo, con lo que los habría dejado en un vacío de representación que, luego, con toda legitimidad, llenaría el peronismo.

Este diagnóstico que descalificaba o prácticamente borraba la presencia comunista en el mundo del trabajo, en expansión al compás del proceso de industrialización por sustitución de importaciones, terminaría empalmando, involuntariamente, con algunos planteos que, hacia la misma época, presentaba la incipiente reflexión sociológica promovida por Gino Germani, carente de toda empatía con el fenómeno populista.¹¹ Allí se presentaba a la Argentina industrial emergente en los años veinte y los treinta desde el prisma de un corte abrupto entre una vieja y una nueva clase obrera. La primera, en su mayoría descendiente de inmigración europea, aparecía naturalmente inclinada a ideologías de clase, portaba un carácter autónomo y poseía una extensa experiencia industrial, urbana, política y sindical, mientras la segunda, reclutada en la migración interna desde las provincias rurales, se mostraba heterónoma y privada de aquella experiencia de clase. Por estas razones, el investigador italiano encontraba que estos nuevos contingentes laborales habrían sido totalmente esquivos a los partidos de clase, como el PC y el PS, y se habrían convertido en masa en disponibilidad para el ejercicio de proyectos autoritarios y demagógicos como el personificado por Perón desde 1943. De este modo, también se arribaba a la misma conclusión, a saber, que partidos como el PC se habrían mostrado impotentes para organizar las fracciones crecientemente mayoritarias en el mundo del trabajo.

En síntesis, tanto en la visión nacional-populista como en la sociología de la modernización, sea porque el liderazgo de Perón surgía sobre un vacío de representación o porque desplegaba sus artes demagógicas sobre una masa en disponibilidad, el avance comunista en los nuevos y viejos integrantes del movimiento obrero desde los años veinte y los treinta era expulsado de la historia. Desde esas interpretaciones, las trayectorias de José Peter, Gerónimo Arnedo Álvarez, Miguel Contreras, los hermanos Manzanelli y Chiarante o tantos otros cuadros obreros del PC resultan anomalías o misterios históricos indescifrables.

Desde fines de los años sesenta y principios de la década siguiente, diversos trabajos insertos en una rica discusión de sociología histórica referida al período de entreguerras, como los de Miguel Murmis-Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Torre y Hugo del Campo, fueron contestando aquellas visiones convergentes y erosionaron los contornos de la supuesta antinomia entre vieja y nueva clase obrera, al destacar la existencia de fuertes interrelaciones entre esos dos sectores, que Germani oponía con tanto énfasis. El primero de ellos fue el ya clásico estudio de

¹¹ Gino Germani (1962), *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1974. Ídem, “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”, en M. Mora y Araujo e I. Llorente, comps., *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 87-163.

Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero.¹² Luego siguieron los de Juan Carlos Torre y Hugo del Campo.¹³ Estos autores redescubrieron la inserción del comunismo en el movimiento obrero, aunque no abordaron específicamente esta experiencia, pues sus objetivos analíticos eran otros. Este redescubrimiento del papel que los comunistas habían desempeñado en el mundo del trabajo preperonista tuvo un antecedente valioso: la investigación inconclusa de Celia Durruty.¹⁴ Hasta 1967, ella desarrolló un estudio pionero sobre la creación de la Federación Obrera Nacional de la Construcción y el papel que el PC jugó en esta organización; allí alertó sobre la importancia que tuvo la contribución comunista al desarrollo de un movimiento sindical moderno durante las décadas de los treinta y los cuarenta. Analizados en conjunto, los autores mencionados arribaron a una conclusión bifronte y novedosa. No nos detendremos en la primera ecuación de ella, la que indica que la vieja clase obrera y el sindicalismo aportaron decisivamente a la conformación del peronismo, sin negar el fuerte respaldo que éste concitó entre los nuevos componentes del proletariado fabril. Nos interesa más la segunda formulación implícita en esos trabajos, la que señala que, desde una década y media antes de la emergencia del populismo de posguerra, importantes sectores del nuevo proletariado fabril ya habían sido interpelados por militantes partidarios de clase y habían adherido a propuestas de organizaciones como el PC o vinculadas a éste, tradicionalmente asociadas a la antigua clase obrera.

El intelectual socialista José Aricó fue otro de los que se ocupó de rehabilitar la cuestión de la influencia del PC en el mundo del trabajo preperonista. Sin embargo, apenas pudo elaborar un breve ensayo de carácter proyectivo, en el que sólo alcanza a enunciar la relevancia del problema y a diseñar algunas hipótesis que permitirían entender tanto la creciente inserción del comunismo en el movimiento obrero (que él ubica desde principios de los años treinta) como la posterior erosión de ésta.¹⁵ Para explicar la expansión comunista en la clase obrera, Aricó llamó la

¹² Miguel Murmis-Juan Carlos Portantiero (1971), *Estudios sobre los orígenes del peronismo. [Edición definitiva]*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2004.

¹³ Juan Carlos Torre desarrolló su elaboración desde mediados de la década de 1970 y se expresó en su tesis de doctorado presentada en 1983, pero su trabajo se conoció tiempo después, especialmente con: “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, *Desarrollo Económico*, año XXVIII, N° 112, Buenos Aires, 1989 y *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983.

¹⁴ Celia Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1969.

¹⁵ José Aricó, “Los comunistas en los años treinta”, *Controversia*, N° 2-3 (suplemento N° 1), México, 1979, pp. v-vii. Más tarde, fue publicado como “Los comunistas y el movimiento obrero”, *La Ciudad Futura*, año 1, N° 4, 1987, pp. 15-17. El enunciado que justifica este último título y sintetiza la preocupación central del texto muestra la riqueza potencial de esta aproximación exploratoria, que Aricó no llegó a retomar: “Los comunistas lograron en los años de la crisis [de 1930] una presencia significativa en el movimiento obrero. Por primera vez estuvieron colocados frente a la posibilidad de resolver su congénita separación con el mundo de los trabajadores ¿Cuáles fueron las razones por las que un encuentro posible desembocó en una salida imprevista?”.

atención sobre la importancia de la adopción de la línea de *clase contra clase*, una concepción sectaria que tuvo la paradójica utilidad de fomentar la proletarización del PC, pues el partido se dirigió hacia una conquista acelerada de las masas obreras. Gracias a ello, el PC ganó una fuerte influencia sindical en esa etapa, pero después no pudo traducirla a un nivel político-ideológico y alcanzar así una auténtica posición *hegemónica* entre los trabajadores (aunque hasta 1943 parecía la corriente en mejores condiciones de lograr tal objetivo).

Según Aricó, la siguiente orientación general del PC, la del *frente popular*, lo llevó a tomar distancia de las reivindicaciones obreras mínimas en aras de un deseable acuerdo con sectores de la burguesía dispuestos a formar un bloque aliado antifascista; allí se habrían demostrado los límites de la penetración comunista en el movimiento obrero, pues resultó evidente que el PC no logró convencer a la mayoría de los trabajadores de las ventajas de tal política. Como vemos, esta interpretación, si bien se distanció en varios aspectos de la construida por la visión nacional-populista, terminó abrevando en sus mismas aguas, al adjudicar el eclipse o el fracaso comunista hacia comienzos de los años cuarenta a causas esencialmente endógenas, vinculadas a las estrategias políticas adoptadas por el partido.

Luego de los trabajos de Murmis-Portantiero, Torre y Del Campo, en los últimos veinticinco años se fueron multiplicando los estudios que abordaron globalmente el movimiento obrero preperonista, a partir de un examen de fuentes primarias cada vez más diverso. En varios casos se trató de investigadores extranjeros. En ellos se hizo frecuente el señalamiento de la inserción lograda por el PC en el sindicalismo industrial de los años treinta. Ese fue el caso del libro de Hiroschi Matsushita, dedicado a la evolución del movimiento obrero, en verdad, casi específicamente, de la CGT, desde su formación en 1930 hasta el triunfo del peronismo en 1945.¹⁶ Incluso, el historiador japonés alcanzó a revisar cierta prensa del PC del período, limitada al órgano de prensa oficial durante unos pocos años. Pero en su indagación sólo hubo una referencia a las posiciones generales que el partido adoptó en el interior de la central obrera. El mismo período de análisis e iguales características en su abordaje presentó la tesis de David Tamarin, en este caso, casi sin consulta de las fuentes provenientes del comunismo.¹⁷

Otro historiador norteamericano, Joel Horowitz, observó que, ya desde los años veinte “... los comunistas se convirtieron en una fuerza importante dentro del movimiento obrero” y que luego se habían podido implantar en las industrias que pagaban sueldos bajos, “por la audacia de sus

¹⁶ Hiroschi Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

¹⁷ David Tamarin, *The Argentine Labor Movement, 1930-1945. A Study in the Origins of Peronism*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985, pp. 127-132.

tácticas y la disposición del partido a organizar a los obreros”.¹⁸ Su investigación, sin embargo, no avanzó más allá de esta hipótesis, pues se construyó en torno a un estudio comparativo entre cinco sindicatos, la mayoría del sector transporte y servicios, en donde menos se hizo sentir la influencia comunista. Roberto Korzeniewicz analizó el modo en que la reactivación de la conflictividad industrial desde mediados de los años treinta brindó una gran oportunidad al PC para constituir sindicatos únicos por rama, una vez más, sin tener la ocasión de realizar un examen específico de documentación referida o proveniente de dicho partido.¹⁹ Por último, también debe mencionarse el despliegue de cierta información sobre la presencia sindical comunista en la voluminosa obra recientemente editada por el sociólogo Torcuato S. Di Tella acerca del movimiento obrero argentino y su relación con Perón.²⁰ Si bien el título del libro, resultado de un trabajo de muchos años de recopilación de datos sobre los gremios y sus representantes, parece indicar que allí se privilegió el análisis del ciclo estrictamente preperonista, en verdad, en sus páginas puede encontrarse una gran información y varias observaciones sobre la evolución de las organizaciones gremiales desde los años veinte, varias de ellas, de adscripción comunista.

En suma, más allá de los desiguales aportes de estas contribuciones sobre la historia del movimiento obrero durante los años treinta y cuarenta, es evidente que ellas solo alcanzaron a referirse a las tácticas políticas generales que el PC tuvo en las instancias directivas del sindicalismo y a sus disputas con las otras corrientes. No se interesaron en realizar un examen específico de los gremios comunistas (con la parcial excepción de Di Tella) ni de las características de la intervención del partido en el mundo laboral, así como tampoco del tipo de lazo que se estableció entre el partido y los sindicatos, las concepciones que animaron a esa ligazón y los recursos organizacionales puestos en juego. Además, no hay en estos textos un análisis sobre el proceso de implantación originaria del PC en el movimiento obrero, pues ellos atendieron fundamentalmente el período 1935-1945, intentando encontrar los elementos que explicaran y prefiguraran la aparición del peronismo.

En tiempos recientes, hubo dos importantes investigaciones que debieron registrar y analizar la creciente influencia del PC en el movimiento obrero preperonista: las de Nicolás Iñigo

¹⁸ Joel Horowitz, *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires, Eduntref, 2004, pp. 94 y 310.

¹⁹ Roberto Korzeniewicz: “Las vísperas del peronismo. Los conflictos laborales entre 1930 y 1943”, *Desarrollo Económico*, año XXXIII, N° 131, Buenos Aires, 1993, p. 352.

²⁰ Torcuato S. Di Tella, *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires, Ariel, 2003.

Carrera y Mirta Z. Lobato.²¹ Desde disímiles enfoques teóricos y a partir de cortes temporales muy diferentes (el primero, concentrándose en un momento particular de la lucha de clases; la segunda, considerando una larga duración en un sector específico de la clase obrera), ambos historiadores incursionaron sobre procesos en los que los comunistas jugaron un papel decisivo: la huelga de la construcción y la huelga general de 1935-1936, y los conflictos y la acción política de los trabajadores de la carne de Berisso a lo largo de una buena parte del siglo XX.

Algunos trabajos monográficos acerca del comunismo, elaborados en las últimas dos décadas y media en el marco académico y periodístico, repasaron las distintas estrategias y tácticas adoptadas por el PC hasta la irrupción de Juan D. Perón y su impacto en la política nacional, las relaciones con la IC, y los debates internos, las rupturas y las crisis de la organización, aunque prestaron escasa atención a sus vínculos con el mundo del trabajo. Por su carácter precursor, hay que destacar el trabajo del ensayista e historiador socialista Emilio J. Corbière referido al análisis del surgimiento de la corriente de izquierda que dio vida al PSI, y posteriormente al PC.²² En los años siguientes, se sumaron otros textos sobre aspectos puntuales de ese período formativo del comunismo.²³ La obra del sociólogo Julio Godio, a pesar de estar enunciada como una historia del movimiento obrero, incursionó mucho en los avatares y discusiones internas del PC, recurriendo a cierta base documental hasta ese momento poco conocida.²⁴ Un breve artículo del historiador Alberto J. Pla revisó, aunque sin indagación en nuevas fuentes primarias, los rasgos de la política desplegada por el PC en su primera década de existencia, a partir del condicionamiento que implicó la adscripción del partido a la IC.²⁵ Isidoro Gilbert, en el marco de una extensa investigación periodística sobre el papel de la diplomacia y la inteligencia soviética en la Argentina, aportó datos y realizó interesantes observaciones sobre los cuadros cominternistas que actuaron en el partido local durante los años veinte y treinta.²⁶

²¹ Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada-PIMSA, 2000; Mirta Z. Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo Libros/Entrepasados, 2001.

²² Emilio J. Corbière, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

²³ Hernán Camarero y Alejandro Schneider, *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires, CEAL, 1991; Daniel Campione, *El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*, Buenos Aires, IMFC/CCC Floreal Gorini, 2005.

²⁴ Julio Godio, *El movimiento obrero argentino (1910-1930). Socialismo, sindicalismo y comunismo*, op. cit.; ídem, *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires, Legasa, 1989.

²⁵ Alberto J. Pla, "El Partido Comunista de Argentina (1918-1928) y la Internacional Comunista", *Anuario Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR*, segunda época, N° 12, Rosario, 1986-1987, pp. 339-363.

²⁶ Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú. La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas*, Buenos Aires, Planeta, 1994.

También hubo ocasión para abordajes historiográficos realizados desde una perspectiva militante distinta al PC, que se refirieron a la evolución de ese partido hasta 1930.²⁷

Al mismo tiempo, se desarrollaron algunos estudios de casos regionales sobre el comunismo o sobre procesos de la historia del movimiento obrero en el que los comunistas tuvieron una fuerte incidencia durante los años treinta y cuarenta.²⁸ En el último lustro, con la apertura de nuevos archivos (acontecimiento que luego analizamos), se está posibilitando un acceso a documentos y materiales sobre el tema que hasta el momento permanecían inexploradas. Quizás, eso permita el inicio de una etapa distinta en la historiografía del comunismo argentino, aunque hoy es aún aventurado señalar los rasgos que ésta tendrá.²⁹

El balance final que arroja este recorrido historiográfico indica que la experiencia de los comunistas entre los trabajadores hasta la aparición del peronismo continuaba siendo un asunto muy escasamente tratado, en base a una muy reducida consulta a fuentes primarias. Se carecía de una reconstrucción general y precisa sobre el surgimiento y evolución del PC en sus primeras tres décadas, se desconocía el verdadero grado de influencia que el partido tuvo en el universo sindical y en los conflictos que éste protagonizó, y nada se sabía acerca de las disposiciones subjetivas y los recursos organizacionales con los que los comunistas contaron para afrontar la penetración en el mundo obrero. En nuestra investigación, precisamente, nos propusimos cubrir estas falencias. Presentamos, a continuación, cinco grandes reflexiones e hipótesis con las que abordamos el tema.

II

Una **primera reflexión** que queremos proponer se refiere a los espacios y condiciones sociales que hicieron posible la empresa política comunista entre los trabajadores en la Argentina durante el período de entreguerras. En aquella época, como producto de los avances de la

²⁷ Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, Buenos Aires, Agora, t. II, 1999. Con el intento de reivindicar la memoria del chispista Cayetano Oriolo: Jordán Oriolo, *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista (1918-1928)*. 2 vols., Buenos Aires, CEAL, 1994.

²⁸ Gabriela B. Aguila, “Los comunistas y el movimiento obrero en Rosario, 1943-1946”, *Anuario Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR*, segunda época, Nº 14, Rosario, 1991-1992; Elisa Pastoriza, “Ciudad y memoria social: los que construyeron Mar del Plata: militancia obrera y proyectos gremiales comunistas en vísperas del peronismo”, en N. Álvarez, C. Rustoyburu y G. Zuppa (comps.), *Pasado y presente de la Mar del Plata social*, Mar del Plata, FUEDEM, 2005, pp. 101-122; Mariana Mastrángelo, *Cultura y política en la Argentina: los comunistas en la huelga de 1929 en San Francisco*, Buenos Aires, Imago Mundi/FFyL-UBA, 2006.

²⁹ Empiezan a aparecer textos que utilizan esta nueva documentación. Por ejemplo: Daniel Campione, Mercedes F. López Cantera y Bárbara Maier (comps.), *Buenos Aires-Moscú-Buenos Aires: los comunistas argentinos y la Tercera Internacional. Primera parte (1921-1924)*, Buenos Aires, Ediciones del CCC Floreal Gorini, 2007; y nuestro propio libro, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2007.

industrialización sustitutiva, se verificó una presencia cada vez más gravitante de obreros en los grandes centros urbanos (especialmente, la Capital Federal y el conurbano bonaerense), con un gran monto de reivindicaciones insatisfechas, pues las tendencias al aumento del poder adquisitivo del salario y del descenso de los índices de desocupación ocurridas en la segunda mitad de los años veinte, se revirtieron tras la crisis de 1930, y los índices sólo volvieron a mejorar, desde mediados de esa década, exclusivamente en lo que hace a la baja del desempleo. Esa industrialización impuso cambios en las orientaciones del movimiento obrero, con inserción débil en estos nuevos sectores manufactureros.

El crecimiento de un proletariado industrial más moderno y concentrado (en el rubro de la construcción, de la carne, de la metalurgia, de la madera, del vestido y textil), mayoritariamente semicalificado o sin calificación, en donde la situación laboral era ostensiblemente más precaria, dejaba un espacio vacío de representación, organización y socialización. En particular, las tareas de movilización y organización de los obreros en esos nuevos espacios de la vida industrial se presentaban plagadas de dificultades, originadas en la hostilidad de los empresarios y del Estado. Esos trabajadores se enfrentaron a formidables escollos para agremiarse y hacer avanzar sus demandas en territorios hasta entonces muy poco explorados por la militancia política y sindical. Para abrirse paso a través de esos obstáculos, se requerían cualidades políticas que no todas las corrientes del movimiento obrero estaban en posibilidad de exhibir. Allí había disponibilidad y oportunidad para el despliegue de una empresa política. En este escenario, estaba casi todo por hacer y los comunistas demostraron mayor iniciativa, habilidad y capacidad para acometer los desafíos. Usando una imagen metafórica: el PC se concebía a sí mismo capaz de abrir senderos o “picadas” en una selva, es decir, apto para habilitar caminos no pavimentados y alternativos a los reconocidos.

Erigiéndose como una alternativa proletaria radicalizada, el PC recreó, en parte e inicialmente, una experiencia confrontacionista como la que anteriormente había sostenido el anarquismo. Las corrientes ácratas habían logrado un fuerte ascendiente en el período embrionario del movimiento obrero, en el que sus integrantes todavía resistían a la lógica del trabajo industrial, no lo aceptaban plenamente y pugnaba por encontrar márgenes de libertad o, incluso, por abandonar su condición trabajadora. A partir de los años veinte, esa situación varió: el disciplinamiento se hizo inapelable en una sociedad urbana en creciente industrialización, en la que comenzaban a imponerse nuevas formas de explotación del trabajo que, merced a cambios tecnológicos y un mercado de trabajo cada vez más competitivo, cercenaban la autonomía a los obreros y liquidaban los oficios artesanales. Estaba surgiendo una clase obrera moderna, carente

aún de una legislación laboral sistemática que la protegiera. Los incentivos estaban dados para la generalización del sindicalismo industrial por rama. La negativa de la FORA V Congreso a aceptar esta realidad y a reconvertirse en esa dirección, para preferir, en cambio, seguir como entidad federativa de sociedades de resistencia y gremios por oficio exclusivamente anarquistas, condenó a esa corriente a la irrelevancia. Cuando, desde el espacio libertario, surgieron proyectos que intentaron remediar ese déficit, ya era tarde: el PC había ganado las posiciones centrales en el sindicalismo industrial.

La penetración comunista fue mucho más limitada en otra importante sección del mundo del trabajo. Entre los trabajadores del transporte, los servicios y algunos pocos manufactureros tradicionalmente organizados, con muchos trabajadores calificados (marítimos, ferroviarios, tranviarios, municipales, empleados de comercio y del Estado, telefónicos y gráficos, entre otros), la hegemonía era disputada por socialistas y *sindicalistas*, tendencias que desde mucho tiempo antes venían negociando con los poderes públicos y ya habían obtenido (o estaban en vísperas de hacerlo) conquistas efectivas para los trabajadores. Los *sindicalistas* confiaban en sus acercamientos directos con el Estado; los socialistas apostaban a potenciar su fuerza con la utilización de su bancada parlamentaria, desde la cual apoyaron los reclamos laborales, en especial, los provenientes de sus gremios afines. En ambos casos, se privilegiaba la administración de las organizaciones existentes, que gozaban de considerable poder de presión y estaban en proceso de jerarquización, complejización e institucionalización. En el caso de los ferroviarios, incluso, ya habían dado lugar al surgimiento de una suerte de élite obrera. En suma, aquellos eran territorios ocupados, en donde los comunistas no encontraron modos ni oportunidades para insertarse e incidir.

Una **segunda reflexión** nos conduce a las técnicas de implantación, las formas de trabajo y las modalidades de intervención de los comunistas en el movimiento obrero industrial, que le otorgaron una serie de ventajas decisivas. Esto exige, previamente, una precisión respecto a la temporalidad histórica. En el período formativo de esta corriente, entre 1914 y 1925 (primero, como fracción de izquierda del socialismo, luego, como partido socialista disidente y revolucionario, y, por último, como partido comunista durante su primer lustro), la posición ocupada por ella en el mundo del trabajo fue superficial y marginal. Se trataba de un partido que había logrado establecer ciertos vínculos con los obreros, sus luchas y sus organizaciones, pero de un modo asistemático y poco profundo, sin presencia orgánica en los sitios de trabajo, con

escasa incidencia en las estructuras sindicales y sin experiencia alguna en la dirección de los conflictos y organismos nacionales del movimiento obrero.

Fue a partir de mediados de los años veinte cuando la inserción obrera de los comunistas conoció un salto cuantitativo y cualitativo. La causa: la orientación de la “proletarización” y la “bolchevización” adoptada por el partido (que significó la transformación de su estructura en clave jerárquica, centralizada, monolítica y mayormente burocratizada, en sintonía con los postulados de una Comintern cada vez más dominada por el estalinismo). Lo cierto es que, a diferencia de la década anterior, desde ese entonces y hasta 1943, se trató de una organización política integrada mayoritariamente por obreros industriales, que buscó afanosamente poseer y conservar ese carácter. Si el comunismo se convirtió en una corriente especialmente apta para insertarse en este proletariado industrial, coadyuvando decisivamente a su proceso de movilización y organización, fue porque se mostró como un actor muy bien dotado en decisión, escala de valores y repertorios organizacionales. Los comunistas contaron con recursos infrecuentes: un firme compromiso y un temple único para la intervención en la lucha social y una ideología redentora y finalista, el “marxismo-leninismo”, que podía pertrecharlos con sólidas certezas doctrinales. Al mismo tiempo, aquellos nuevos repertorios organizacionales (desde las células y otros organismos de base hasta los grandes sindicatos únicos por rama) resultaron muy aptos para la penetración en los ámbitos laborales de la industria y para la movilización y agremiación de los trabajadores de dicho sector. En no pocos territorios industriales, los comunistas actuaron sobre tierra casi yerma y se convirtieron en la única voz que convocaba a los trabajadores a la lucha por sus reivindicaciones y a la pronta organización; en otros, debieron dirimir fuerzas con distintas tendencias. En ambos casos, la penetración fue posible gracias a esa estructura partidaria celular, clandestina y blindada, verdadera máquina de reclutamiento, acción y organización, que el PC pudo instalar en una parte del universo laboral.

Aquí, hay que atender especialmente a los dos instrumentos innovadores que el PC creó o impulsó para promover la movilización y organización proletaria en el ámbito industrial: las células obreras partidarias por taller o fábrica y los sindicatos únicos por rama. Las células, sobre todo en los años veinte, fueron claves para el proceso de inserción de base y molecular del partido, sirviendo como embrión para la conformación de organismos sindicales o como ariete para la conquista de ellos, aunque no tuvieron la misma utilidad para extender la presencia comunista en las centrales obreras de la época. Los sindicatos únicos por rama, a medida que avanzaba la década de 1930, pudieron irradiar la influencia del partido desde un sitio más elevado, al mismo tiempo que transformarse en una plataforma para intentar alcanzar el dominio

de la Confederación General del Trabajo (CGT), es decir, la dirección global del movimiento obrero.

Una **tercera reflexión** alude la supervivencia del PC en el movimiento obrero con independencia de los abruptos cambios de línea política que el partido experimentó durante estos años. En verdad, la presencia del comunismo entre los trabajadores creció y se desarrolló mientras la organización actuó bajo diversas estrategias, sucesivamente: la de *frente único*, la de *clase contra clase* y la de *frente popular*, todas como resultado de la adaptación a los vaivenes de la Comintern. En oposición a ciertos consensos historiográficos, sostenemos que ni el inicio de la conquista de las masas obreras por el PC se produjo hacia principios de los años treinta, con la imposición de la línea de clase contra clase (pues era preexistente a ella), ni la aplicación del frente popular antifascista, desde mediados de los años treinta y sobre todo a partir de 1941, provocó la caída de la influencia comunista en el movimiento obrero. La inserción siguió una curva ascendente que pareció independizarse de estos virajes y, en parte, de las variaciones del contexto socioeconómico y político del país. Por eso, para entender la implantación del comunismo en la clase obrera preperonista, resulta más relevante detenerse en la autonomía y continuidad de sus prácticas de intervención militante y en los rasgos de su cultura política obrerista. En esos años, los militantes comunistas pudieron disponer de una suerte de capital político acumulado que les otorgó cierta inmunidad para poder resistir las dificultades y los problemas originados en las modificaciones de la línea partidaria. Por otra parte, las estrategias cambiaban e imponían nuevas prioridades y caracterizaciones políticas, así como cambios en el marco de alianzas del partido, pero sus militantes continuaron desarrollando una serie de prácticas de movilización y organización de la clase obrera que permanecían inalterables.

Esa línea confrontacionista y de combatividad de las organizaciones dirigidas o influenciadas por los militantes del PC, se expresó en las violentas huelgas durante el segundo gobierno de Yrigoyen, la dictadura uriburista y las presidencias de Justo, Ortiz y Castillo, cuyo perfil no fue alterado con los sucesivos cambios de orientaciones estratégicas del partido. En términos más globales, la acción de los sindicatos comunistas significó un intento de oposición al doble desafío planteado por las clases dominantes y el régimen conservador surgido en los años '30, el de instaurar una acelerada acumulación industrial con escasas pretensiones redistributivas y un orden político de limitada participación para clases subalternas y corrientes políticas opositoras. El costo de esa resistencia no fue menor: durante los años treinta, el PC sufrió una sistemática persecución estatal por parte de la Sección Especial de Represión del Comunismo. Cientos de sus

adeptos fueron encarcelados, entre ellos, buena parte de los miembros del Comité Central, muchas veces, en lejanas prisiones del país. El partido fue declarado ilegal y hubo un proyecto en el Senado de la Nación para convertir esa persecución en ley. Asimismo, merced a la aplicación de la Ley de Residencia (Nº 4.144), varios de sus activistas extranjeros fueron deportados a sus países de origen, en los cuales había regímenes autoritarios. No pocos comunistas, sobre todo los que aparecían al frente de los conflictos, sufrieron sistemáticas torturas.

Una **cuarta reflexión** aborda la cuestión del legado y el aporte específico del PC a la historia de los trabajadores en la Argentina, en especial, una vez que, a partir de mediados de la década de 1930, el partido completó su período de implantación, logró el control de algunos sindicatos importantes y encontró un lugar en la conducción de la CGT; consiguieron una importante cantidad de cargos en el Comité Central Confederal de dicha entidad y, en 1942, su vicepresidencia, en manos del albañil Pedro Chiarante.

. Durante esos años, el partido fue asegurando su hegemonía sobre la mayor parte de los pertenecientes al área industrial y de la construcción, que se vieron implicados en constantes huelgas y conflictos laborales. El PC logró imponer a sus cuadros como secretarios generales de los seis sindicatos más importantes en aquellos espacios: la poderosa Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), la Federación Obrera de la Industria de la Carne (FOIC) y Federación Obrera de la Alimentación (FOA), el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM), la Unión Obrera Textil (UOT), la Federación Obrera del Vestido (FOV) y, posteriormente, el Sindicato Único de Obreros de la Madera (SUOM). De conjunto, esas organizaciones y otras organizaciones sindicales dirigidas por el PC superaban los cien mil afiliados hacia principios de los años cuarenta.

Los comunistas generalizaron (y en algunos casos, introdujeron), una serie de características novedosas en la organización de un sindicalismo único por rama industrial, que encontró en la FONC su máxima expresión. Una de ellas fue la creación y expansión de los Comités de Empresa, que irradiaron los tentáculos del sindicato hasta los sitios de trabajo y canalizaron las demandas de las bases obreras a través de una instancia de movilización y organización de base. Otra fue el creciente pragmatismo y flexibilidad táctica que comenzó a postular el partido con respecto a la negociación con el Estado, en particular, con un Departamento Nacional del Trabajo (DNT) que expandía su voluntad intervencionista. Al mismo tiempo, los comunistas empezaron a orientarse hacia la constitución de un tipo de sindicato, que

situaba su horizonte no sólo en la conformación de una “organización de masas” sino también en su fortalecimiento sobre “sólidas bases orgánicas”. Se pretendía un sindicato más “moderno”, abierto y complejo, en el que se combinaran diversas funciones, tanto las referidas a las de la lucha reivindicativa (mejores salarios y condiciones de trabajo, acortamiento de la jornada laboral, indemnizaciones por despido o enfermedad, vacaciones pagas, entre otras), como las del mutualismo, la salud, la educación y la recreación. Como parte de estas nuevas misiones del sindicato, estuvo la negociación de cada vez más detallados y ambiciosos convenios colectivos con las entidades patronales, a partir de comisiones paritarias reguladas bajo el marco del DNT.

Todo esto implicó la mayor institucionalización y centralización de las estructuras sindicales, un proceso que condujo al intento de crear los sindicatos únicos por rama a nivel regional, los cuales debían aparecer subordinados a la federación nacional de industria. Se trataba de un esquema con estructuras de primero y segundo grado, que alcanzó a dar sus pasos más claros en la FONC, arquetipo del nuevo modelo de organización sindical propuesto por los comunistas. Esta estructura sindical más compleja, polifuncional y pragmática se trazó, por otra parte, objetivos más vastos y alejados de los tradicionales tópicos de la acción directa: buscaban “liquidar la anarquía existente en la industria”, “disminuir la posibilidad de conflictos”, “fomentar la industria nacional” y “garantizar y expandir la legislación obrera”.

En buena medida, este modelo, articulador de nuevos objetivos, prácticas e instituciones, estaba germinando en el movimiento obrero desde un poco antes de que los comunistas se hicieran fuertes en la dirección sindical. Pero estaba casi limitado al sector transporte y servicios. Los militantes del PC se sirvieron del mismo, lo adoptaron y lo extendieron en el área de la producción manufacturera y de la construcción. Así, generalizando esa serie de experiencias y concepciones que luego fueron desarrolladas a un mayor nivel y potenciadas por el Estado peronista, completando el definitivo pasaje de un sindicalismo de minorías a un sindicalismo de masas. En definitiva, todo análisis del surgimiento del sindicalismo industrial y moderno en la Argentina, esbozado en sus trazos gruesos en la década anterior al triunfo peronista, debe partir de la intervención del comunismo, el actor político que orientó mayoritariamente esta etapa inicial.

Por último, una **quinta reflexión**. Hemos señalado que, hasta 1943, la inserción del PC en el mundo del trabajo se mostraba ascendente y exitosa en los fines que se había trazado. Se hallaba en su cenit. No existieron hechos que mostraran claramente el fin de esta dinámica, es decir, que anticiparan el abrupto giro que luego condujo al naufragio y desplazamiento de los comunistas en

el movimiento obrero. No es posible adjudicar el corte de aquel proceso de expansión, tal como señaló el grueso de las interpretaciones que le han intentado dar cuenta, a motivos puramente endógenos, es decir, debido a las consecuencias generadas por la estrategia y las tácticas seguidas por ese partido, específicamente a una supuesta práctica de “tregua laboral” que habrían seguido los comunistas desde 1941 (con la entrada de la URSS a la guerra y con el acuerdo con los aliados y la “burguesía progresista”). Por el contrario, en esos años, los gremios orientados por los comunistas encabezaron varias de las mayores huelgas y conflictos en el sector industrial. Es decir, si el PC fue perdiendo sus posiciones en el movimiento obrero desde 1943-44 no parece haber sido exclusiva o preponderantemente por eventuales “errores” en la estrategia política de ese partido y/o por algún tipo de esencialismo “antinacional” o “antipopular”, característico de esa organización, tal como se sostuvo desde el ensayismo nacional-populista de izquierda (como el caso de Puiggrós y Ramos). Tampoco, por un cambio en la composición social de la clase obrera a partir de los años treinta, que habría ido erosionando la influencia de los viejos partidos de clase y los habría tornado incapaces de organizar a la “nueva clase obrera”, como se desprende de los estudios sociológicos de Gino Germani. En oposición a este último planteo, hay que señalar que el comunismo fue la corriente que logró expandirse en mayor medida entre el joven proletariado formado como producto del crecimiento industrial de los años treinta.

Entonces, ¿cuales son las razones que nos permitirían explicar el eclipse del comunismo en el movimiento obrero y la conversión mayoritaria de este último al peronismo a partir de 1944-1945? A nuestro entender, la mirada debe dirigirse a medir la fuerza y a apreciar el carácter extraordinario con que irrumpió el fenómeno peronista en la Argentina. Es decir, creemos que debe atenderse el desacople entre el crecimiento rápido y exponencial de la alianza entre un sector del sindicalismo (no comunista o con escasos vínculos con esta corriente) y la elite militar-estatal encabezada por el coronel Juan Domingo Perón, y el desarrollo más lento y gradual que venía experimentando el avance comunista en el mundo del trabajo. En definitiva, antes que agotarse en su propia dinámica por contradicciones, limitaciones o equívocos estratégicos, es decir, antes que fenecer de “muerte natural”, la influencia del comunismo en el movimiento obrero fue obturada, reprimida y finalmente extirpada por un movimiento populista emergente. Sin negar completamente el efecto que pudo haber ocasionado la aplicación de la orientación frentepopulista por parte de la dirección del PC, en el sentido de supeditar, desde la retórica, las reivindicaciones obreras a la estrategia de acuerdo con la burguesía “aliada” y “democrática”, entendemos que fue un factor exógeno, la vitalidad del proyecto populista, el que se convirtió en la causa principal del proceso que aludimos.

Desde los inicios mismos del golpe del 4 de junio de 1943, y especialmente desde que Perón impulsó la Secretaría de Trabajo y Previsión, se venía alertando a diversos voceros o expresiones del poder económico, social y político del peligro que representaba la gravitante presencia comunista en los ámbitos laborales y de la necesidad de erradicarlo. Sin embargo, esta propaganda anticomunista tuvo un rédito escaso: es probable que el empresariado encontrara una preocupación mayor en las concesiones laborales que el propio Perón estaba otorgando. Incapaz de convencer a las clases dominantes de la utilidad de enfrentar esta amenaza como un asunto de primer orden, Perón se lanzó a una política propia, de enfrentamiento al comunismo en el campo obrero. A partir del conjunto de concesiones económico-sociales conseguidas a favor de los trabajadores (proceso permitido por la favorable coyuntura económica de la época), comenzó una estrategia de aplastamiento de los sectores sindicales ligados al PC. Perón fue ganando ascendencia entre las filas obreras y enhebrando relaciones con diversas conducciones sindicales, con el fin de articular una nueva estructura gremial afín a sus posiciones. Varios dirigentes laborales, de las más diversas procedencias ideológicas fueron tentados por la convocatoria del coronel. Entre los dirigentes, cuadros medios y militantes comunistas, en cambio, dicho ofrecimiento encontró un apoyo escaso. Allí donde el PC controlaba la organización gremial, Perón no dudó en apoyar o alentar la fundación de “sindicatos paralelos”, con el objetivo de incrementar su base de apoyo en el movimiento obrero y provocar un vacío o una competencia a la presencia comunista.

En tanto, el PC fue uno de los partidos que combatió más duramente al peronismo en el momento mismo de su surgimiento. Perón, su grupo y su estrategia fueron señalados como el enemigo principal, en una lectura de la realidad que resultó muy pobre, esquemática e incapaz de advertir la densa y compleja trama de realidades, relaciones y expectativas que comenzaban a tejerse en torno al vínculo entre ese militar y los trabajadores. El PC denunció al coronel como el continuador más péfido del régimen militar implantada en 1943 y, más grave aún, de las dictaduras totalitarias representativas del *Eje* que estaban siendo derrotadas con el fin de la conflagración mundial. La multiplicación de los sindicatos paralelos, la orientación de otros ya constituidos hacia un acuerdo con el coronel, la irrupción popular inesperada del 17 de octubre, la creación del Partido Laborista por parte de la *vieja guardia sindical* dispuesta a realizar un acuerdo con Perón y el triunfo de la candidatura presidencial de este último en febrero de 1946, son algunos de los hitos de un proceso que nos señala el éxito de la estrategia peronista por ganar la adhesión de los trabajadores y la derrota del PC por impedir este intento.

Si ponderamos en su real dimensión el desarrollo que venía experimentando la militancia comunista hasta el momento mismo de la aparición del peronismo, es posible establecer que la

irrupción de este fenómeno político desde 1943-1944 y la adhesión mayoritaria que concitó entre los trabajadores no se presentó ni como la única e inevitable alternativa histórica ni como la consecuencia “lógica” y “natural” de las transformaciones económicas, sociales y políticas que se producían desde la década de 1930. En todo caso, el peronismo fue la opción que se tornó más exitosa en aquellas circunstancias, y la que logró recoger los frutos definitivos de la emergencia de un sindicalismo industrial y moderno al que tanto habían contribuido a erigir precisamente los comunistas y otras corrientes de izquierda.

En un ejercicio contrafactual sobre una Argentina con un 17 de octubre frustrado, es decir, sin un triunfo del peronismo, como lo hizo Juan Carlos Torre, ¿es posible conjeturar que se hubiera asistido a una continuidad o incluso profundización de la presencia comunista en los medios obreros, entre otras razones, por el inevitable aumento cuantitativo de las clases trabajadoras, el acrecentamiento de los problemas provenientes del mundo del trabajo y el peso que tenían las ideologías y tradiciones de izquierda?.³⁰ El interrogante queda planteado como desafío.

Lo cierto es que la experiencia comunista en el movimiento obrero dejó huellas, que incluso serían retomadas por el peronismo: fomentó las actividades de base a nivel de las empresas, preparando el camino para la generalización de las comisiones de delegados que se extenderían notablemente en la segunda mitad de los años cuarenta; estableció los cimientos de un sindicalismo moderno e industrial, que si no llegó a ser de masas como lo sería con Perón, pretendió serlo y sentó las primeras bases para posibilitarlo; detrás de sus constantes enfrentamientos con el Estado, no debemos olvidar que los comunistas, a semejanza de la práctica que frecuentemente realizaban *sindicalistas* y socialistas, buscaron la intervención de aquél en las cuestiones referentes al mundo del trabajo y pretendieron conseguir leyes favorables en el Legislativo. Es decir, junto a los elementos de ruptura también hay que destacar los de continuidad que existieron entre la experiencia comunista y la peronista, con respecto a su actuación en el mundo del trabajo. Así, el estudio sobre la actuación de los comunistas hasta 1943 permite encontrar elementos claves para una mayor comprensión del significado de la emergencia del populismo en la Argentina y del campo de fuerzas políticas actuantes en esa coyuntura.

Sin duda, la crisis y decadencia del PC en el movimiento obrero a partir de la aparición del peronismo exige un examen detenido, que supere los límites historiográficos que hasta el momento ha presentado la indagación del tema. Un aporte en este sentido puede provenir de un

³⁰ Juan Carlos Torre, “La Argentina sin el peronismo. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre?”, en Niall Ferguson (dir.), *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*, Madrid, Taurus, 1999.

estudio comparativo con los casos de Chile, Uruguay y Brasil, los países más próximos al nuestro, que en los años veinte y los treinta tenían comunismos con un nivel de arraigo en las clases subalternas no mucho mayor que en la Argentina, pero que pudieron incrementar o mantener en las décadas siguientes. ¿No es acaso sugerente el hecho que en estos países no existió un fenómeno populista de la magnitud, la complejidad y la consistencia como ocurrió en la Argentina? Pero estas cuestiones ameritan una investigación específica, que intentaremos abordar en un futuro cercano.